

Siria:

anarquía, caos y muerte

Marcos Peckel,

Profesor Facultad de Relaciones Internacionales
Universidad Externado de Colombia

El conflicto en Siria, que comenzó con unas pacíficas manifestaciones de unos maestros de escuela en la sureña localidad de Dera, se ha transformado, en los más de dos años que ya completa, en un complejo rompecabezas donde las piezas no encajan.

Este ha desnudado las limitaciones del sistema internacional, que ha pulverizado la noción de protección de civiles en tiempos de guerra. La geopolítica y los intereses han prevalecido sobre la vida de cien mil civiles sacrificados y no vislumbra salida distinta a la continuación de la barbarie.

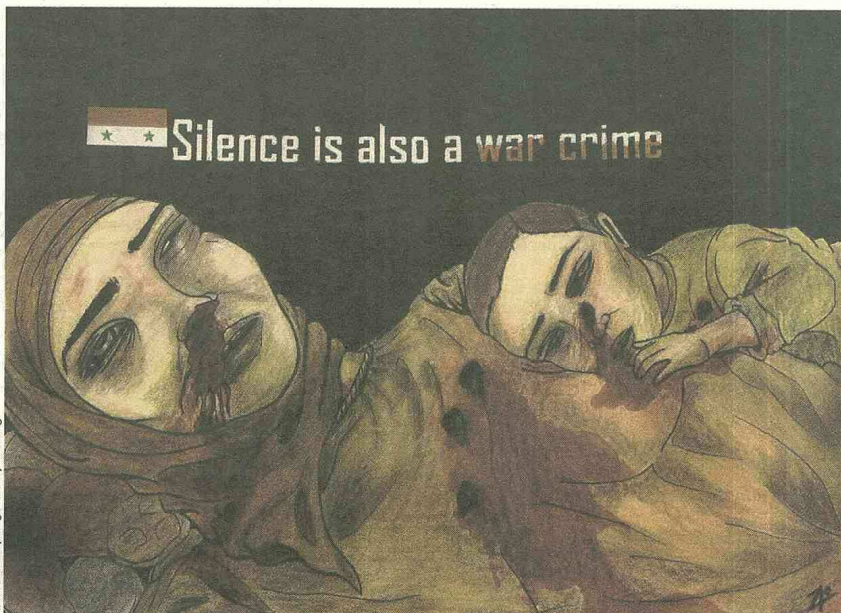
Un enfrentamiento ha desatado los demonios de una guerra sectaria entre chiitas y sunitas, con génesis hace unos 1.400 años, en estos desiertos y que demuestra, una vez más, que la humanidad se rasga la vestiduras sobre los cuerpos de decenas de miles de civiles masacrados, pero no ha establecido los mecanismos para evitar que esto ocurra, un conflicto que ha confirmado una vez más que la sed de poder en ocasiones conlleva a niveles de sevicia y salvajismo que cuestionan la misma naturaleza humana.

Cortes penales internacionales, Naciones Unidas y otros emblemas no son más que observadores impotentes frente al genocidio y destrucción de proporciones bíblicas que se lleva a cabo en ese desahuciado país.

Siria, cuna del nacionalismo árabe, aplastado por las potencias coloniales a comienzos del siglo pasado, cuando crearon los disfuncionales estados nación que hoy implosionan en un incontenible baño de sangre.

Assad entendió desde el comienzo que si dejaba prosperar las manifestaciones populares podría correr la misma suerte que sus colegas Mubarak en Egipto y Ben Ali en Túnez, por lo que su estrategia consistió en cortar de raíz, asesinando a sangre fría a los manifestantes, primero en Dera y después en otras ciudades. El resultado fue el cierre total de los espacios de protesta dejando abierta únicamente la vía de la insurrección armada. Miles de soldados desertaron y se unieron a la rebelión contra el régimen dominado por la minoría alauita, extracción de chiismo a la cual pertenece el presidente quien heredó el poder de su padre Hafez Al Assad tras 30 años de este en el poder.

El paraguas diplomático extendido por Rusia y China al presidente sirio en el consejo de seguridad le permitió continuar con su estrategia. Los muertos crecían exponencialmente y las masacres de civiles inocentes que al comienzo desataban alguna tímida condena, pasaron a ser parte del paisaje. El conflicto mutó de unas pacíficas protestas por apertura democrática a un complejo tinglado de varias pintas fuerzas combatientes con la omnipresente sombra de un épico conflicto regional entre Irán y el mundo sunita donde los intereses en juego y las apuestas han subido a tal nivel que nadie puede darse el lujo de perder.



Tomado de: <http://argentina.indymedia.org>

'El silencio también es un crimen de guerra'.

El desenlace que tenga la crisis en este país tendrá profundos efectos en todo el Oriente Medio: en Líbano, Irak, Turquía, Irán, los países del golfo, en el conflicto palestino-israelí, y en la geopolítica global. No parece haber alternativas a la barbarie. La inacción de la comunidad internacional durante estos dos años las enterró todas.

Geopolítica homicida

Mientras occidente se dedica a hacer cálculos geopolíticos, el régimen sirio goza del apoyo incondicional de Rusia e Irán. Este último además de enviar dinero y combatientes de la guardia revolucionaria, le ha ordenado a la milicia libanesa shiita Hezbollah involucrarse con todo en la guerra para salvar al régimen.

Para Irán la permanencia de Assad se ha convertido en un tema de vida o muerte. Los rebeldes, profundamente divididos no han podido estructurar un frente unido y creíble. Por el contrario la creciente presencia de yihadistas de varios países en sus filas, ha suscitado temores en occidente de que cualquier apoyo termine en facciones como la poderosa milicia radical sunita Jabhat Al Nusra aliado de Al Qaeda y la cual según versiones fue creado por el mismo régimen para desprestigiar y dividir a la oposición.

Combatientes veteranos de Iraq, sunitas y chiíes cruzan la frontera, los primeros a unirse a las filas de los rebeldes, los segundos a apoyar al dictador. Arabia Saudita, Turquía y Qatar han estimulado la revuelta desde el comienzo y constituyen actualmente el principal conducto de armas a la fraccionada oposición.

El tardío anuncio por parte de Estados Unidos de proveer armas a los rebeldes —está por verse qué, cuándo, cuánto, a quién y cómo— sumado al levantamiento del embargo europeo para armar a la oposición demuestra que el único camino por ahora es la continuación del conflicto bélico.

La reciente retoma de la estratégica ciudad de Qusair por parte de Assad y Hezbollah es muestra elocuente de en qué ha degenerado la guerra. La ciudad quedó en ruinas y sin casi ninguno de sus treinta mil habitantes pero "bajo control del gobierno" como pomposamente anunciaba la prensa oficial.

La tan anunciada y aplazada conferencia de Ginebra convocada por Rusia y Estados Unidos no parece tener mayor posibilidad de éxito y de darse, de la foto seguramente no pasará.

La colosal crisis humanitaria seguirá agravándose. Dos millones de refugiados en escuálidos campos en Jordania, Líbano, Turquía e Irak y otros cuantos millones de desplazados internos, amén de los ya cien mil muertos, unos 10 mil de ellos niños. Adolescentes sirias refugiadas en Jordania vendiéndose a viejos saudíes que las compran por trescientos dólares, las abusan un par de meses y las devuelven, "usadas", a su miserable realidad.

A este dantesco panorama se agrega la irreversible destrucción de invaluable patrimonio histórico:

antiguísimas iglesias, sinagogas, mezquitas, ruinas romanas, asirias y babilonias, monumentos, mercados, ciudadelas y minaretes, todo bajo los escombros de esta guerra que le quedó muy grande a la humanidad.

Estados Unidos y la OTAN tienen la capacidad de acortar el ciclo de violencia con una intervención estilo Kosovo, pero el presidente Obama esta entre la espada de consideraciones estratégicas y la pared de consideraciones humanitarias.

La primera le sugiere no actuar debido a lo complejo del ajedrez y la incertidumbre del resultado mientras que la segunda le podrá cobrar su inacción cuando algún día callen los cañones y se haga evidente el tamaño de la catástrofe, con el agravante de Assad aún en el poder, los ayatolas en Teherán sacando pecho, Hezbollah sometiendo al Líbano a sus designios persas y Siria convertido en un gigantesco campo santo.

Siria es un túnel donde la luz no puede penetrar por ningún final. La personificación de la degradación humana llevada a su máxima expresión en aras de un poder vacío, un capítulo más en la historia universal de la infamia, un libro de texto del que nada se aprenderá, una herida abierta sin sutura desangrándose al son de los violines desafinados de la comunidad de naciones.